
Màxim Huerta

No me dejes

(Ne me quitte pas)




ESPASA

NO ME DEJES
(NE ME QUITTE PAS)

MÀXIM HUERTA

NO ME DEJES
(NE ME QUITTE PAS)

ESPASA © NARRATIVA

© Màxim Huerta Hernández, 2015

© Espasa Libros S. L. U., 2015

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de cubierta: © Jean-François Jonvelle

Guardas: © Steve Taylor - Getty Images

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 19.474-2015

ISBN: 978-84-670-4399-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain

Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros, S. L. U.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

*A la memoria de Ana María Matute,
que me trajo la primavera.*

Hay que inventar la vida porque acaba siendo verdad.

ANA MARÍA MATUTE

Viento del este y niebla gris anuncian que viene lo
que ha de venir. No me imagino qué irá a suceder,
más lo que ahora pase ya pasó otra vez.

MARY POPPINS

Un pájaro que se ha escapado hace pocos minutos de una jaula sobrevuela París. Busca lugar en los tejados de Saint-Germain-des-Prés. Sale humo de algunas chimeneas. El aire juega con las formas y una mujer se asoma a la ventana para ver el tiempo que hace. Como siempre, gris. El pájaro se posa en el toldo del Café de Flore y observa a la gente que entra y sale. Más allá, empieza la vida. Un portal se abre, una joven recoge su equipaje, dos hombres encienden un cigarrillo, un policía se ajusta la chaqueta, la señora cierra la ventana y cuando se vuelca una silla de la terraza del Café de Flore el pájaro que se ha escapado de una jaula se asusta y busca otro lugar donde hospedarse.

Nunca huele mal en una floristería.

L'Étoile Manquante es de esos lugares en los que merece la pena pararse a esperar a que se abra la puerta cuando sale o entra alguien. Hoy entramos.

La primera clienta es una emigrante española que viajó en autobús hasta Grenoble con su recién estrenado marido y al llegar la abandonó por una francesa que se apoyaba en la barra del café con un botón desabrochado. Mercedes se dijo que si había que huir de él, lo mejor era París. Y allí se quedó, sin saber francés y sin marido.

Vive desde aquel entonces en el número 14 de un viejo edificio de apartamentos de la rue Visconti de portal azul Prusia con patio interior, paredes agrietadas, pavimento de piedra arenisca, conserje de escrupulosos modales y en compañía de un perrito que ladra poco porque es tan viejo como ella y que se pasa el día dormido junto a la ventana. Una ventana que no cierra bien. Creo que está a punto de morir. Tiene dos habitaciones pequeñas, chimenea de mármol, baldosas de terracota muy gastada por miles de pisadas de varios siglos y algo de parquet que forma un peligroso desnivel. No es raro, el registro más antiguo de esta casa es del 7 de marzo de 1580, cuando Sédille Martin vendió el edificio a Louis Claude Bertrand y esposa. Por el juego de las sucesivas herencias, la casa acaba en manos de unos primos que a finales de 1691 también la venden. Uno de ellos, Jean-Baptiste Hallor de Serranville o Ferranville. No se sabe bien. Pocos años después, un asesor del Parlamento, propietario del número 16 de la misma calle, la compra. Los Louvencourt. Se convierte entonces en un

hotel para la primera compañía de mosqueteros de la guardia del rey, al igual que otros edificios del barrio. Cuando este murió, alrededor de 1772, sus hijos compiten por el legado, tanto que vuelven a venderla el 9 de mayo de 1777 a Pierre Elie Barraux Desgranges. Y así va pasando de mano en mano, de heredero en heredero, vendiéndose y revendiéndose, habitando y deshabitándose con pintores y comerciantes de arte. Los últimos dueños serán conocidos por su tacañería, a pesar de la inmensa riqueza que atesoran. El señor Frémont, bravucón y fanfarrón, fue propietario de casi todo el pueblo de Bormes-les-Mimosas y la señora Frémont decora catedrales y tiene amistad con grandes pintores, consciente de que por allí ha pasado Delacroix. Una pareja que, contrariamente a lo que se pudiera pensar, no quiso hacer gastos en el edificio y fueron conocidos por recuperar flores marchitas de la basura y dejarlas florecer en el jardín.

Así han pasado los años hasta hoy.

Y junto a esa ventana que no cierra bien, desde la que se ven tejados y chimeneas de París, doña Mercedes tiene instalada una mesa camilla en la que hay un jarrón en el que pone flores. Hoy está vacío. El ramo de hojas y pétalos secos a estas horas ya está en una bolsa en la papelería del patio interior y el conserje lo ha empujado hasta el fondo con el mango de la escoba.

—*Bonjour, madame.*

—*Bonjour, Julien.* Hace muy buen día.

—Los últimos rayos de sol del verano. Aun así, tenga cuidado con el agua de la entrada, acabo de pasar la manguera. No ha llovido. He sido yo.

—Ya veo... Pase buen día.

Dos pájaros que bebían agua del charco echaron a volar cuando doña Mercedes cruzó la puerta de la calle.

En la floristería del señor Dominique Brulé a veces una señora pedía flores y se marchaba oliéndolas. Al principio Brulé se preguntaba quién sería y si tenían destinatario.

Ahora su ausencia era parte de todas las dudas que llenan cada día una floristería. ¿A dónde fueron las flores? ¿Y la mujer? Desde que la muerte estaba unida también a su trabajo sentía que su dedicación no era simplemente hacer ramos. Todo era, como dirá Violeta más adelante, «un juego misterioso de dolor y vida».

Sonó el timbre de la puerta dos veces porque el señor Dominique seguía arrodillado en el suelo como si rezara, absorto como estaba con las caléndulas. Mercedes había entrado en la floristería cargada de bolsas de la compra y le miraba fijamente como si pudiera hacerle despertar de esa minuciosa tarea en la que estaba inmerso. Decidió abrir y cerrar la puerta para que todas las campanillas tubulares hicieran más ruido. Nada. Optó por levantar la voz.

—Señor... Señor Dominique, ¿podría atenderme? Hola.

—¡Oh, sí, perdón, disculpe! ¿Acaba de entrar?

La señora asintió mientras dejaba escapar una sonrisa maliciosa.

—Disculpe, disculpe, disculpe... —dijo él, dejando las tijeras sobre el mostrador—. No me diga que lleva mucho rato esperando... ¡Oh, Dios mío, soy un patán! ¡Y medio sor-do! Empiezo a regar y a cortar tallos y acabo olvidando lo principal: que estoy aquí para algo.

—Le dije la semana pasada que debería revisar las pilas del sonotone más a menudo o van a entrar y robarle mientras está usted cortando flores. Y no se dará ni cuenta: le abrirán la caja, sacarán el dinero y se llevarán todo... ¡Vamos! Hasta les dará tiempo a cogerse unas margaritas... Y usted, ni se enterará.

—¿Qué?

—Que si entran... ¡Que le van a robar! ¡A ro-bar!

—Si me roban y no me entero, es como si no me hubiesen robado.

—Vaya por Dios.

—Es que la mayoría de los problemas solo aparecen cuando nos damos cuenta de ellos; así que si entran, roban

y no me doy cuenta, es que eso que me han robado no merecía la pena tenerlo.

—¡Hay que ver! ¡Avisaré a todos de que aquí se puede robar!

—Solo duele lo que echas de menos. ¿Le parece bien, doña Mercedes?

—Pero es que... —Se dio por vencida—. Yo temo por usted, Dominique.

—No tema por mí. No doy miedo.

—Usted no da miedo. A nuestra edad ya no damos miedo ninguno. Pero... me da miedo lo que le pueda pasar. Siempre está a lo suyo, con sus flores... Y le tengo que decir que ya he visto más de una vez salir a los chiquillos con flores en la mano...

—Estarán enamorados.

Ella soltó un bufido de desesperación mirando al suelo:

—¡Incorregible! —exclamó.

—Si es amor... ¿No cree? ¿Usted no se ha enamorado nunca y ha cogido flores del campo?

—Del campo sí, robadas no.

—Yo de pequeño robaba flores de las macetas de la portera de mi edificio, las tenía preciosas. Aunque la mayoría de las veces me colaba por los pasillos del mercado de las flores y allí, mientras mamá compraba semillas, yo iba robando, tan rápido y tan torpe que... no servían para un ramo. Se me deshacían en la mano. —Hizo el gesto de tirar pétalos moviendo los dedos—. Al final, convencí a nuestra portera para que pusiera rosas. Y aquello fue la envidia de la calle, todos se quedaban mirando la puerta cuando la dejaba entreabierta para barrer y echar un agua. Y pasó lo que tenía que pasar: todos acabábamos robándole flores.

—Pobre señora. ¿Los pillaba?

—¡Oh, no! Estaba orgullosa de su pared abarrotada de flores que trepaban hasta el tercero. Y, si nos veía, disimulaba entornando sus grandes ojos saltones rebuscando en los buzones del vecindario.

—Ya veo entonces a quién ha salido usted...

—¡He salido a muchas cosas! Las circunstancias... Pero es cierto que las flores, para mal o para bien, forman parte de mi vida.

Brulé sabía que sonaba un poco raro. Y lo era, pero también sabía que Mercedes conocía de dolores y de vida, y no se extrañaría.

—De niño se hacen mil barbaridades... —arrancó ella a hablar para romper el silencio que flotaba en el aire.

—Creo que me ponía pálido cuando aquella mujer clavaba esos enormes ojos saltones azules en mí con cierta intranquilidad. Como nosotros. Con las prisas para robarle me pinchaba con las espinas y tocaba ahogar el grito para que no saliera del portal y siguiera mirando los buzones.

—Las mujeres siempre disimulamos.

—Ah.

—Se lo aseguro.

—La mayoría de las ocasiones se enteraba de que le robábamos sus rosas, pero sabía que era por amor. Y por amor todo está permitido. La buena mujer, con tal de que no nos pincháramos ningún niño de aquel edificio, acabó cortando las espinas... Y míreme, si la pobre mujer supiera que ahora ya no siento nada al pincharme... Nada. —El viento de sus palabras movió las campanillas de la puerta. O fue un ángel—. ¿Qué le decía? —De pronto hizo chasquear los dedos—. Me perdí.

—Seguro que iba a decirme que el dolor va acompañado de la vida. Pero no estamos para boleros. Ni falta que nos hace.

—Pues, dígame.

—Solo quería flores.

—Imagino que no viene a casarse conmigo.

—Por el amor de Dios, usted siempre me sonroja. Aca-
bará por hacerme cambiar de floristería. Si no fuera por...

—Si no fuera porque les leo la mente y sé adivinar qué flores quieren y para qué. Cuénteme.

Al señor Dominique Brulé le gusta llegar de noche a su establecimiento, abre con una llave que lleva colgada al

pecho y entra con el pie derecho en L'Étoile Manquante. Siempre cierra los ojos antes de encender las luces y abrir la persiana, se comunica en silencio con todas las especies e imagina cómo será el día. Les da un tiempo prudencial para que se coloquen porque sospecha que han estado toda la noche mezclándose unas con otras y él espera a que vuelvan a estar en sus jarrones de agua limpia cuando da al interruptor. Nunca las pilla en movimiento, un día sucederá. Su floristería es la más bella de Saint-Germain-des-Prés, ha ganado varios premios y siempre se los dedica a las peonías. Tiene setenta y cuatro años, es acuario y el día que abrió la tienda pensó encerrarse y dejarse morir. Cuando vio que las tímidas siempre vivas sobrevivían sin agua después de semanas sin atención alguna y presas del olvido en la oscuridad de su duelo, se dio cuenta de que él también podría vivir sin su amor. Había muerto Julie, pero había nacido L'Étoile Manquante.

—Caléndulas, hoy se va a llevar un ramo de caléndulas. La invito. Le vendrá bien. Dicen que cambian el estado de ánimo.

A Mercedes le gusta comer sola en la cocina, compra revistas mensuales en el quiosco y revisa el buzón por si llegan cartas de España que nunca recibe. Compra la prensa, comida para perros y flores después de tomar un café con dos galletas que saca del bolso y de repasar las esquelas del diario. Le gusta no ver su nombre nunca. No hay ninguna Mercedes en París y el día que lo lea sabrá que ya es un fantasma que toma cafés sin pagar en el Café de Flore y que pasea sola por la ciudad. Más sola todavía. Rompe los recibos en trozos muy pequeños y confía en la bondad de los desconocidos como Blanche Dubois, porque ve mucho cine todos los lunes y memoriza las frases. Su película favorita es aquella en la que sale París, todas. Le gusta reconocer Montmartre, Pigalle, el Moulin Rouge, la place des Vosges, el parque de Luxemburgo, la Ópera, el Louvre, los barcos en el Sena... Y le gusta porque, como los recuerdos,

la realidad siempre es más bonita en las fotografías. Jamás se ha acostumbrado a la ciudad. Después del impacto de su llegada a París, Mercedes sigue igual. Por supuesto que la ha recorrido entera, pero en cada nuevo paseo, en esas avenidas enormes o en las calles estrechas, vuelve a sentir la libertad y cierto grado de orfandad. Le gusta. Compra postales y ve cine francés. Ella evoca así todo lo que nunca ha vivido. Sigue siendo una mujer casada con un señor que se quedó en Grenoble vete tú a saber de qué manera y con qué circunstancia. Y la foto de su boda sigue colgada en el salón, solo que la cara de aquel hombre de buenos rasgos y postura elegante está tapada con un reloj de bolsillo que cuelga del marco.

El único hombre con el que habla es Dominique Brulé, el florista.

A veces, cuando él le pregunta por su pasado, ella dice que es una española sin memoria y que como tantos otros se ha visto obligada a perderla. Que solo recuerda las cifras del teléfono fijo de la casa de su infancia y el código de la puerta de entrada de París. «¡Bastante tengo!». Bromea con la tortilla francesa que no es francesa, le gusta pintarse las uñas todos los viernes después de comer y siempre pone la televisión muy bajita para poder dormirse la siesta con el perro a sus pies. Va a misa. Pero no escucha. Le gusta porque le recuerda a su abuela, cuando era niña y pasaba el cestillo de mimbre para que echaran monedas las viejas en el pueblo donde nació. Mercedes fuma de forma nerviosa desde que llegó huyendo de aquella mujer que llevaba el botón desabrochado y de aquel hombre que no dejó de mirarla y, ahora, desde que ve a los jóvenes volver al tabaco de liar ha pensado en imitarlos porque de niña su padre le dejaba hacer cigarrillos con los dedos pequeños, con la perfección de una habanera de fábrica, impoluta. Mercedes es feliz, pero se enfada muchas veces con las cartas que no llegan y por eso hoy necesitaba caléndulas.

—Cambian el estado de ánimo, Mercedes.

—¡Qué sabrá usted, señor Dominique!

—Sé muchas cosas, por ejemplo, que hoy no se ha comido sus galletas con el café y que se acercan las lluvias.

—Acaba de empezar septiembre... Es lo único a lo que no logro acostumbrarme aquí. Qué bien me sentaría el sol del membrillo, ese sol de casa.

—¿Nostalgia?

—A veces me viene la melancolía, pero la espanto enseguida. La tristeza es un mueble viejo, no vale. Cojea. Hace ruidos por la noche y no trae más que bichos.

—Así me gusta.

—Huele tan bien esta mañana —dijo, cambiando de tema—. ¿Qué flores nuevas hay?

Mercedes se sentó en su silla y puso su bolso encima de las piernas. La silla azul donde siempre se queda esperando a que Dominique le prepare las flores para llevar.

—¡Por cierto!

—Dígame, Mercedes...

—¿Cómo sabe que no he pasado todavía por el café?

—Soy un investigador.

—No juegue conmigo... Bastante tengo con llevarme las margaritas esas que dice usted para el ánimo...

—Caléndulas.

—Eso. Caléndulas. Que en verdad le digo, aquí entre nosotros, que si quiero subirme el ánimo, me tomo un vasito de vino blanco en cuanto llegue a casa y estoy bien animada. Se lo digo como lo pienso. Que no soy yo de esas que no se saben animar.

Estaba mintiendo. Aunque es cierto que Mercedes guarda alcohol en su despensa «para cocinar». Y muchas veces, más de la cuenta, se toma un vaso para guisar sus emociones.

Mercedes pensaba a veces que el señor Dominique era un loco que jugaba con las flores y los sentimientos de los clientes. No en vano ella dejaba pasar a los asiduos compradores para ver cómo los trataba y los convencía de lo

que debían llevarse con aires más de prestidigitador que de florista. Primero creyó que era porque quería deshacerse de las flores de temporada y de las que estaban a punto de marchitarse; sin embargo, estaba en un error. El señor Dominique Brulé era testigo del amor y de las pérdidas, de las conquistas y las despedidas, de los regalos y las sorpresas. ¿Tanto jugaban las flores con el corazón? Desde el día que nacemos, se decía, aparecen las flores en nuestras vidas. Y ahí siguen, ininterrumpidamente, hasta el último día.

—Quiere decir..., ¿que...?

—Por supuesto. Llévase dalias. Y si me permite la nota, se la escribiré yo.

—Es que no sé qué poner...

—¿Cumpleaños? ¿El segundo ya?

—Recuerda que le dije que...

—¡Oh, por supuesto! Debería confiar en mí. ¿Quiere un caramelo? Coja de la copa mientras le preparo el ramo.

—Es usted muy amable, tan educado...

—Ahí se equivoca... se equivoca... Solo soy un traductor de flores.

—Pues debería decirme qué me cuentan...

—Le van a gustar. Le van a gustar.

—¿Sí?

—Y usted también... Créame.

La clienta cerró la puerta y doña Mercedes sonrió cómplice.

—Adulador. Es usted un adulador de manual.

—Paparruchas. Esa chica está guapa y hoy necesita que se lo digan. Hoy le dirán que la quieren.

El día de la boda de la pequeña Brigitte decidió llenar la capilla de Saint-Germain con claveles blancos. No te gastes más, le dijo. Se fueron de viaje de novios, hicieron fotos y se bañaron en las aguas del Caribe porque siempre había querido hacer corazones en la arena blanca, coger corales

y bucear entre tortugas y tiburones. Hasta ese momento los claveles eran lo único sencillo de aquella boda de pos-tín de los nuevos señores Bannalec. Acertó. Dos meses después, el matrimonio se había roto porque los abrazos no llegaban al corazón. O dicho de otra manera: porque los abrazos no coincidían con el amor. La medida de las flores había sido necesaria.

Desde el primer día que entró en aquel viejo taller de numismática convertido en floristería, el señor Dominique se había propuesto hacer la vida feliz a todos. Si él no lo era, que lo fueran los demás. Y su instinto con los episodios que vivimos las personas a lo largo de nuestra vida era milimétrico, casi de relojero.

—A ver, dígame querido investigador, cómo sabe que no he ido a desayunar... que no he pasado por el bistró como de costumbre.

—Nada más entrar lo noté.

—¿...?

—Cuando ha entrado y ha apoyado el bolso...

—No entiendo cómo...

—Pues... algo ha crujido.

—¡Oh, Dios mío! Ni me di cuenta. Estará todo lleno de migas. Eso me pasa por despistada...

Mientras ella vaciaba su bolso en el mostrador, el señor Dominique se puso a ordenar las dalias que llenaban el escaparate.

La casa de doña Mercedes es un museo de antigüedades baratas que saca de los puestos de chamarilería de las galerías Saint Paul. Los hogares se plasman en los detalles, en las cosas. Y ella teme que quien llegue a su pequeño piso de la rue Visconti —apenas recibe visitas— vea que no tenía pasado. Se compra retratos de gente desconocida en Le Marché des Enfants Rouges y les inventa vidas para sentirse acompañada. Recoge muñecas rotas que reviste con telas de vestidos usados. Tiene un reloj alemán en el

que baila una pareja cada vez que suena la hora en punto. Eso, según ella, era de su abuelo. «La suerte que tengo de conservar las pequeñas cosas es providencial», dice, porque, también según ella, en la guerra los echaron de su casa palaciega, una próxima a Oviedo, rodeada de prado y vacas, y tuvieron que buscar lugar en peores pisos urbanos. Afortunada que seguía teniendo «esas pequeñas cosas». Como le encanta madrugar, aprovecha para pasearse por los puestos y cazar joyas que por cuatro euros le hacen pasar por una señora de maravilloso postín. Le encanta dedicar la tarde a recrear sus hallazgos, recordando con gusto el porqué de cada objeto. Ni que decir tiene que los ceniceros con el fondo ilustrado con paisajes y flores la fascinan.

Dominique lo sabía. Y siempre le regalaba las flores.

—¡Por Dios! Llevo todo el forro lleno de miguitas de las galletas, tendré que vaciar hasta el último bolsillo... Y lo peor, llevarlo a la tintorería porque son de mantequilla, de las que vienen en cajita metálica, y he puesto todo perdido de grasa y azúcar. Soy una boba, soy una boba... —se repetía sin parar mientras justificaba unas viejas manchas del bolso que tenían forma de mapa escolar con islas y penínsulas.

Dominique se ofreció a limpiar la geografía de seda con uno de sus productos del almacén a cambio de que le escribiera con buena letra femenina —así lo dijo— un cartel que quería colgar en el escaparate. Por supuesto, doña Mercedes aceptó encantada a cambio de más conversación. Él frotaba y ella escribía lo siguiente:

SE BUSCA AYUDANTE DE FLORISTERÍA.

RAZÓN AQUÍ.

ME LLAMO DOMINIQUE BRULÉ.

P. D.: MEJOR SI TIENES NOMBRE DE FLOR.

Todos tenemos una historia que merece ser contada

«Al señor Dominique Brulé le gusta llegar de noche a su floristería. Siempre cierra los ojos antes de encender las luces y les da un tiempo a sus plantas para que se coloquen porque imagina que han estado toda la noche mezclándose unas con otras. Nunca las pilla en movimiento, un día sucederá. Cuando inauguró la tienda pensó encerrarse y dejarse morir, pero al ver que las tímidas siemprevivas sobrevivían sin agua después de semanas sin atención alguna, se dio cuenta de que él también podría vivir sin su amor».

L'Étoile Manquante, la floristería del señor Dominique, es el lugar preferido de Mercedes y Tilde, dos españolas que llevan más de cuarenta años trabajando en Francia. Las dos creen que están solas, porque a Mercedes la abandonó su marido nada más cruzar la frontera y Tilde no fue capaz de encontrar a quien la quisiera. Un buen día, se instala en sus vidas un huracán encarnado en la joven Violeta, que llega de Madrid huyendo de un amor que se empeña en perseguirla.



www.espasa.com

www.planetadelibros.com

PVP 19,90 € 10121621

